

Salvo dos relatos publicados en *La Diana*, revista que él mismo fundara, pocos textos en prosa se conocen de Manuel Reina Montilla. No obstante, reproducimos otro de sus trabajos recogido y publicado por Ángel Lacalle¹, donde con un rico lenguaje descriptivo Reina nos relata un Domingo de Ramos en la capital hispalense.

DOMINGO DE RAMOS EN SEVILLA

El Domingo de Ramos abre con la de las palmas las solemnes procesiones de Semana Santa. Dentro de la catedral gótica sostenida por un laberinto de palmeras, bajo cuyas naves los lienzos de los pintores reciben la luz cernida de las ojivas, la muchedumbre va a presenciar la fórmula sagrada y a gozar con las maravillas que la arquitectura dejó derramadas en los muros.

En los altares, candelabros llenos de finas labores se elevan como plantas metálicas sobre los ricos paños y los misales, que muestran con sus registros las páginas que ha de cantar el sacerdote en las graves ceremonias de la Pasión; en el órgano luce abierta la hoja de música cuyas notas alzarán el vuelo en tristes lamentaciones como bandadas de negras mariposas; de los muros cuelgan las galas que la Iglesia viste por Jesucristo y que se anticipan a los cantos de entusiasmo por la entrada en Jerusalén. El templo todo relumbra con los más inusitados esplendores, y en su aspecto y en el ambiente de grandeza de su recinto se adivinan las sacras ceremonias que habrán de celebrarse en los solemnes días de Semana Santa.

La procesión de las palmas circula bajo las naves con el lento paso de las ceremonias de iglesia. La capa pluvial del sacerdote parece una página del poema sacro escrita con rayos de sol. Los celebrantes de los triunfos del Señor llevan en alto las elegantes ramas de palmera, que se doblan e inclinan en temblorosos arcos de oro. La muchedumbre sigue a la procesión a través de la iglesia; la acompaña por el atrio de la catedral, da la vuelta alrededor del edificio y párase con el sacerdote ante cerrada puerta, donde el oficial golpea con los brazos de la cruz entonando cantos profundos que suenan como lejanas mareas en el templo.

Ábrese éste, dejando paso a la apiñada multitud, repican las campanas en señal de triunfo por la gloriosa entrada en Jerusalén; dispérsase la gente en todas direcciones, o se acomoda a oír los Santos Oficios, y pasa la primera fiesta que inaugura los hechos dolorosos de la Pasión.

Manuel Reina

¹ LACALLE, Ángel. *Vida española. Textos de español moderno*. Edit. Bosch, Barcelona, 1965, 5ª ed. 22x14. Pág. 203